



*Discurso homenaje in memoriam  
a Trinidad Martínez Tarragó*

***Graciela Aurora Mercado Rosas<sup>1</sup>***

Es lugar común hablar del impacto de la globalización en los países en vía de desarrollo, lo que no es frecuente es contar con la opinión de quienes previeron su advenimiento y temieron sus consecuencias para los países en desarrollo como la Maestra Trinidad Martínez Tarragó; Directora de Docencia y Fundadora, a principios de los años setenta del siglo XX, del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE).

En una entrevista publicada en 2005 por la Revista *Análisis Económico* de la UAM Azcapotzalco, Martínez Tarragó rememora que, durante su estancia en Cambridge, Inglaterra, recibió la invitación de un instituto alemán para hablar sobre la internacionalización de la producción, tema que comenzaba a aparecer en la literatura y en el que estaba trabajando. De acuerdo a sus propias palabras: “en ese seminario vi venir la globalización”, y abunda

Frente a una demanda de reposición, creciendo a tasas mucho más lentas que la demanda original de nuevos productos, se planteaba el problema de una capacidad instalada excesiva, y niveles de remuneración al trabajo, no compatibles con la nueva situación

---

1 Versión con ligeras modificaciones del discurso leído en el CIDE el 20 de septiembre de 2018, a 12 semanas del fallecimiento de la Maestra Martínez Tarragó. La autora es egresada de la segunda generación de la Maestría en Economía.

y además se había acumulado una masa de recursos líquidos que había que colocar [para lo que] se planteó la siguiente estrategia [en tres vertientes].

1. Acabar con los controles a la importación en el tercer mundo para poder volcar los excedentes productivos ante una clase media creciente y altamente consumidora.
2. Disminución de los salarios en los países desarrollados, mediante la generación de desempleo y el traslado de los procesos intensivos en mano de obra a países con una base industrial adecuada y mano de obra mucho más barata. Para ello, se requería acabar con las leyes sobre inversión extranjera que impidieran invertir arriba de cierto porcentaje.
3. Armar una estructura financiera a nivel mundial, con el fin de permitir el libre flujo de dinero en busca de los máximos rendimientos. Se necesitaba colocar una masa financiera excedente proveniente de los países desarrollados a los países emergentes (2005: 356).

Martínez Tarragó resalta su preocupación por las implicaciones que tendría tal estrategia para los países en desarrollo, y lo funcional de la medida para el primer mundo; y remata:

[...] si yo estuviera de ese lado de la mesa, seguramente que aplaudiría, pero vengo de un país del tercer mundo, al cual le están planteando ustedes *dumping in*, que es la expresión que usaron, o sea, aventar sus excedentes productivos; trasladar los procesos intensivos en mano de obra, ligados a sus industrias, que no serán más que enclaves de exportación y un sistema financiero vulnerable, destinado a sustraer las ganancias acumuladas (2005: 357).

Martínez Tarragó tenía una idea clara de la importancia de la educación crítica, la cual tomaría en consideración las características propias de México; en tal sentido señalaba:

[...] si bien el conocimiento tiene que ser universal, la visión del primer mundo puede influir en crearle al alumno una ilusión dis-

torsionada de los problemas de su país, y restarle capacidad para entenderlos y, de ser el caso, diseñar las políticas orientadas a su solución. Esto puede ser más cierto en el caso de la Economía (2005: 346).

Egresada de las primeras generaciones de Economía de la UNAM, la Mtra. Trinidad Martínez Tarragó continuó con estudios de posgrado en Glasgow, Escocia. A su regreso del Reino Unido, dijo que tuvo un sueño, el cual promovió y gestionó ante las autoridades pertinentes: la creación del CIDE como una institución de estudios de posgrado, formadora de profesionales en las áreas económico administrativas. De acuerdo con sus propias palabras, la idea era

crear un centro de excelencia: profesorado de tiempo completo y acabar con la práctica que todavía existe, de separar la docencia de la investigación; grave error, porque ambas se nutren mutuamente, sea investigación aplicada o no. Tiempo completo significaba obtener un nivel de remuneración que no impulsara a nadie a buscar trabajos afuera, en detrimento de la actividad académica; alumnos, todos aceptados a través de un examen riguroso de admisión y todos con la seguridad de percibir, en el momento de ser aceptados, una beca que les permitiera vivir durante los dos años que duraban las maestrías (2005: 347).

Una institución de excelencia académica como el CIDE, desde su inicio y durante sus primeras cuatro décadas, no es producto de una sola voluntad, sino que, como lo señaló su fundadora, fue resultado y esfuerzo conjunto de mujeres y hombres comprometidos en el proyecto. Hablamos de la dirección, la plantilla docente de investigadores y maestros, los compañeros administrativos y, por supuesto, los colegas egresados en las distintas promociones y maestrías. Todos han contribuido profesionalmente en conformar una comunidad de compañeros que actualmente se estima en 3,000 personas, que se identifican con orgullo y arraigo por ser egresados del CIDE.

En tal sentido, es justo evocar y reconocer a los primeros maestros: Jaime Ros, Pedro Vuskovic, Luis Maira, Samuel Lichtensztein, Fernan-

do Fajnzylber, Jorge Barenstein, Issac Miniam, Pedro Uribe, Salvador Kalifa, Horacio Flores de la Peña y otros. Asimismo, durante los primeros años se contó con la participación de profesores invitados de alto reconocimiento internacional como Joan Robinson, John Eatwell, Ma. Concepción Tavares, Aldo Ferrer y Ernesto Torrealba.

Merecen especial mención los compañeros colegas egresados de las distintas maestrías, distinguidos por su contribución y trabajo profesional en múltiples dependencias y organismos gubernamentales e internacionales como CEPAL, ICA, FAO, Banco Mundial; así como en la academia, en instituciones universitarias que fueron fundadas principalmente por maestros egresados del CIDE, como la Universidad Autónoma Metropolitana en sus tres primeros planteles: Iztapalapa, Azcapotzalco y Xochimilco, y universidades autónomas estatales como las de Hidalgo, Chiapas, Oaxaca y Michoacán, además de los egresados extranjeros, diseminados particularmente en América Latina.

Entre los egresados de las primeras generaciones de economía se encuentran: Víctor del Ángel, Roberto Michell, Arturo Blancas, Heliana Monserrat, David Robles y Ricardo Padilla; de la segunda generación, Juan Carlos Moreno-Brid, Roberto Khalil, Ildelfonso Morales, Aurora Adriano y Graciela Mercado; de la tercera Ociel Hernández, Roberto Gutiérrez, Joás Gómez, Luis Foncerrada, Fernando Chávez y Braulio Serna; de la cuarta, Mónica de la Garza, Gloria de la Luz Juárez, Graciela Carrillo, Sumiko Kushida y Celso Garrido. De las primeras generaciones de administración pública, merecen especial mención Enrique Cabrero Mendoza, primer presidente del CONACYT, egresado de esta Institución, German Vargas y Guillermo Ramirez, Coordinadores de los Posgrados Integral en Ciencias Administrativas y en Estudios Organizacionales, respectivamente, de la UAM-Iztapalapa.

Las primeras dos generaciones de Economía 1974-76 y 1975-77 fueron en conjunto alrededor de 50 alumnos,

nos tocó convivir día a día en las instalaciones de la casa de Country Club 208, donde en medio del jardín se habían adaptado dos aulas, una biblioteca y una mini cafetería. La segunda generación

estrenó estas hermosas instalaciones, jardines frondosos, con una amplia biblioteca dónde daban ganas de estar todo el día, al igual que la cafetería. Llegábamos como podíamos, se contaba con un microbús, que previo horario nos recogía en la parada del metro Observatorio, los más afortunados arribábamos compartiendo auto. En ese tiempo no se contaba con señalización vial de ningún tipo, ni semáforos, luces precautorias, ni bahía para orillarse, por lo que era toda una odisea dar vuelta hacia la izquierda en plena carretera. De ahí otro cotilleo entre nosotros: “Nadie sabe cuándo va, a partir de esta vida, pero los del CIDE somos afortunados porque sabemos dónde, en el cruce del Km. 14.5 de la carretera libre a Toluca”. Nos llamaban los sobrevivientes del CIDE.

En 1976 inicia la Maestría en Administración Pública y, para tranquilidad de todos, se instala un semáforo y las bahías de estacionamiento que facilitaban la vialidad y daban seguridad en el acceso a las instalaciones. Recuerdo que fuimos un grupo de compañeros a felicitar con un ramo de flores a Trini por haber logrado la instalación de estas medidas y ahora si ser sobrevivientes; nuestra maestra festejó riéndose con nosotros y nos relató cómo había regateado y gestionado con las autoridades pertinentes.

Una anécdota más que permite pintar de cuerpo entero a Trini y es una referencia personal: Cuando yo trabajaba en la Dirección General de Egresos de la Secretaría de Programación y Presupuesto, mi secretaria me informó que tenía una llamada de la Maestra Trinidad, al tomarla me dijo: “Graciela, sé que estas coordinando los trabajos del presupuesto de Egresos de la Federación con orientación programática y, como sabes, una nueva generación de compañeros egresados busca incorporarse al sector público; te mando la lista, su currícula y perfil profesional que creo pueden ser de interés para tu área”.

Al colgar, entendí por qué los compañeros egresados del CIDE teníamos la oportunidad de elegir dónde trabajar, ya fuera en la academia o en el sector público, sin andar peregrinando en busca de chamba. Nuestra maestra Trinidad era la gran promotora y efectiva *Head hunter*: la

lista de egresados que promovía no estaba en orden alfabético, sino por promedio alcanzado en las maestrías.

Esa era Trini, una mujer de excepción, comprometida en cuerpo y alma con la creación y consolidación del CIDE como una institución de excelencia académica, que representó en los primeros años la fuerza fundacional y referencia necesaria. Las primeras generaciones que la conocimos personalmente supimos de su calidad humana y su compromiso con toda la comunidad; su ánimo entero lo comprometió en este proyecto.

Y porque sabemos cómo le gustaba la poesía quiero finalizar estas líneas compartiéndoles estos versos de otra mujer de excepción, que ha trascendido en el tiempo por su obra y trayectoria, Sor Juana Inés de la Cruz. La obra se titula “Quejas de la Suerte”.

*Yo no estimo tesoros ni riquezas,  
ya sí, siempre me causa más contento  
poner riquezas en mi entendimiento  
que no mi entendimiento en las riquezas.  
Teniendo por mejor en mis verdades  
consumir vanidades de la vida  
que consumir la vida en vanidades.*

Gracias Maestra Trinidad Martínez por tu entrega a esta Institución, y por el acompañamiento que diste a tantas generaciones.

## **Bibliografía**

Lucino Gutiérrez Herrera 2005. “Orígenes y creación del CIDE: testimonio de la Maestra Trinidad Martínez Tarrago”, *Análisis Económico*, Vol. XX.